

**NOVEDADES SOBRE  
“LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE EN EL PLATA”**

*POR RODOLFO M. CASAMIQUELA \**

*I. Generalidades.*

La presente nota fue presentada al Congreso Internacional de Americanistas de Mar del Plata, en 1966; a pesar de haber sido leída y aprobada, no vio la luz en sus Actas.

Es oferta gentilísima del colega Juan Schobinger la de exhumarla y publicarla, y al aceptar aquélla lo hago con la confianza de que ha de encerrar algunas novedades absolutas. Ellas se refieren especialmente a la identificación racial de ciertos materiales supuestamente “fósiles” que en su época adquirieran gran notoriedad.

La nota pretendía ser sólo parte de un capítulo de un trabajo mucho mayor, que por entonces era elaborado en el Museo de La Plata, y que quedó desgraciadamente trunco.

He preferido entregar el manuscrito como estaba, desde que las novedades —geológicas en especial— son muchas y no estoy en condiciones ahora de actualizarlas debidamente. Contraigo así con los lectores una deuda que espero pagar a plazo más o menos breve.

En la introducción original, decía en 1966: “. . . precisamente están truncos los capítulos de máximo interés para el presente caso: la geología del cuaternario y la revisión de los materiales antropológicos. No obstante ello, por lo menos una parte de ambas cosas ha sido hecha, y así me es posible hoy, de todos modos, anticipar este esqueleto de las ideas generales y las novedades del estudio exhaustivo. Serán divididas en sendos capítulos sintéticos y se referirán específicamente, en cuanto a aquéllo, a las nuevas ideas geopaleontológicas sobre el Cuaternario de nuestro país y la edad posible de sus entidades integrantes; y en cuanto a esto, a los materiales

\* Director del Centro de Investigaciones Científicas de Río Negro, Viedma (1977).

humanos "fósiles" de la colección del Museo Bernardino Rivadavia de Buenos Aires, a saber: "Diprothomo platensis", "Homo caputinclinatus", "Homo sinemento" y "hombre de Necochea no 2" (asimilado a "Homo pampaeus" por Ameghino), de las denominaciones de su primer descriptor Florentino Ameghino.

Casualmente, el título de esta nota (y el del trabajo definitivo) tiene el sentido de un homenaje al sabio paleontólogo y —oh audacia!— a su labor como paleoantropólogo, sin que esto signifique justificar sus muchos y a veces graves errores en este campo. Significará, sí, en cambio, explicarlos —fácilmente— a la luz de un par de equivocaciones basales, por otro lado comunes al mundo científico de aquellos años. Además, en fin, rebajar a su verdadero nivel el valor de las observaciones sistemáticamente negativas del binomio Hrdlivčka-Willis y de otros críticos —culpables en realidad del "piadoso olvido" que recayera sobre materiales antropológicos de tan alto interés— y, complementariamente, reactualizar, sobre base estrictamente objetiva y moderna, el apasionante problema de la antigüedad del hombre en nuestro territorio y de su extracción biológica (racial para el caso).

## II. *La geología del Cuaternario en la Argentina.*

El estudio de la geología cuaternaria no ha alcanzado el desarrollo que le correspondería en la Argentina, en particular con relación a la madurez de los restantes estudios geológicos en general. Aparte de una falta de material humano específicamente aplicado a la tarea (no hay en realidad geólogos especialistas puros del Cuaternario en nuestro país), ha contribuido a esta situación la complejidad de los problemas que presenta el tema, hasta el presente no susceptible de ser reducido a un solo esquema interpretativo.

1. Prescindiendo de toda disquisición sobre los errores conceptuales y nomenclaturales involucrados, el siguiente es el esquema descarnado de las entidades (continentales) reconocidas clásicamente en el Cuaternario pampeano—costanero. He de tomarlo de una conferencia de Teruggi (*cf.* 1953), en la que este autor habló casualmente, con respecto a esta última limitación areal, de "geología barranquera" para definir a la masa fundamental de labor en el campo, en particular en años anteriores:

Holoceno:

Cordobense  
Platense  
Querandinense  
Lujanense?      IV

Pleistoceno:

Bonaerense	III
Ensenadense	II
Chapadmalense?	I

En él los números romanos corresponden a las glaciaciones supuestas, o a sus equivalentes períodos pluviales, según Frenguelli.

1. 2. El propio Teruggi hizo en dicha disertación la crítica de fondo al esquema, al aludir a la contradictoria inclusión del "Lujanense" — supuestamente vinculado con la última glaciación— en el Holoceno, en contradicción con los patrones universales.

1. 3. Esta relación entre Pleistoceno y Holoceno se traduce, no obstante, en los perfiles geológicos, en la relación entre los terrenos denominados "pampeanos" ("Formación Pampeana") y "postpampeanos". Se sobrentendió siempre en nuestro país que "pampeano" es equivalente, *grosso modo*, de pleistoceno, y así se habla normalmente de la "fauna pampeana" para aludir al elenco —sobre todo de mamíferos— característico de ese momento geológico en América del Sur (y que desaparece hacia el octavo milenio a. C.).

1. 4. Las investigaciones geo—paleontológicas de los últimos años permiten introducir varias modificaciones importantes a dicho esquema patrón. A pesar de ciertas interpretaciones disidentes (Groeber, Kraglievich, Dessantis), puede darse hoy como seguro —sobre la base particularmente del contenido faunístico y sus correlaciones con América del Norte— que el "Chapadmalense" (o "Formación Chapadmalal"), de desarrollo en la región litoral austral de la provincia de Buenos Aires, no es pleistoceno sino *supraplioceno* (fundamentalmente según R. Pascual).

Pero en cambio se han descubierto nuevas entidades *intermedias* (es decir entre "Chapadmalense" y "Ensenadense"), siempre en esta misma área austral (fundamentalmente Kraglievich; hermanos Parodi). Aquel autor les ha dado carácter formacional y nomenclatura, cosas ambas susceptibles de revisión y sin interés por el momento para la presente nota. (cf. 1952).

Ultimamente se ha intentado redefinir críticamente a la "Formación Pampeana" (o "Formación Pampeano" de González Bonorino, 1965), sobre nuevos criterios petrográficos y sedimentológicos (González Bonorino; Teruggi) y con la vista puesta en el área de la ciudad de Buenos Aires y gran Buenos Aires (en donde fueron observadas por vez primera algunas entidades constituyentes, como el "Ensenadense"). El intento, importante y positivo, involucra no obstante nuevos errores conceptuales y nomen-

clatorias, y falla en cuanto a su correlación con los términos australes de referencia.

2. Por todo ello, creo que el enfoque en cierto modo paralelo elaborado con criterio eminentemente paleontológico (Pascual *et al.*, 1966), en el sentido de un traspaso del problema a bases estrictamente biológicas y la correlacionada distinción de “momentos faunísticos” en el Plio—Pleistoceno, es por ahora la herramienta de trabajo más digna de confianza. En resumen, pueden distinguirse netamente tres de estos momentos (o estadios, desde el punto de vista evolutivo general) dentro del Pleistoceno. Un cuarto, mejor dicho primero, sería el supraplioceno, denominado “Hermosense” por Pascual *et al.*, y que envolvería los elencos de las formaciones “Chapadmalal”, “Monte Hermoso”, “Irene”, etcétera, *auctorum*. Pasaría en transición insensible al primero pleistocénico, o “Uquiense” (de Uquía, localidad jujeña), y comprendería los elencos de las entidades post—chapadmalenses más antiguas del S. de la provincia de Buenos Aires. Se discute su correlación con el “Puelchense” (o “Arenas Puelches”) del subsuelo capitalino, entidad basal al conjunto “Pre—ensedadense—Ensenadense” y que encierra elementos faunísticos mezclados. El segundo momento pleistocénico sería el “Ensenadense” casualmente, caracterizado por la presencia de ciertas formas tropicales al lado de otras de gran talla, y separado del anterior por un *hiato* evolutivo de cierta magnitud. El tercero se denominaría “Lujanense” y representaría a los elencos del Pleistoceno final, a su vez perfectamente separables (como conjunto) del *estadio* anterior.

3. No se ha hecho todavía una adecuada correlación *lateral* entre las entidades geológicas reconocidas en el ámbito pampeano en general y estos “momentos faunísticos” enumerados, ni es posible tentar por el momento tampoco su adecuación al esquema de glaciaciones reconocido en otros lugares del mundo, incluso América del Sur (en especial Van der Hammen; Auer). Por ello, la asignación respectiva que Pascual *et al.* hacen de estos momentos al Pleistoceno Inferior, Medio y Superior, respectivamente, debe ser interpretada como *local* y no integrada a patrones europeos o norteamericanos.

3. 1. Como es sabido, la geología *glacial* está en pañales todavía en nuestro país y a partir de los trabajos de Auer, Groeber, etc. (controvertidos por Polanski, Flint, Fidalgo, sobre todo), el panorama es sumamente confuso. Algunos avances se han hecho en la región cordillerana (Polanski, González Díaz) y en la Patagonia andina y extra—andina (Teruggi, Flint, Fidalgo, Auer, Volkheimer—amén de los clásicos, Caldenius, Feruglio, etcétera), pero estamos lejos de una madurez interpretativa del panorama y los intentos de correlación son esporádicos y peligrosos. Incluso puede hablarse de un verdadero enfrentamiento de escuelas con respecto a la extensión, carácter y número de las glaciaciones, lo que es todavía más negativo.

3. 2. A pesar de todo ello, el problema se ha clarificado un tanto si se lo mira a la luz de su proyección antropológica, y más aún, por lo menos el autor de esta nota opina que —situándose en una posición deliberada de extremo conservadorismo teórico— se está en condiciones mínimas de intentar una correlación, a título provisional de mera hipótesis de trabajo, entre los mencionados momentos faunísticos de los paleontólogos y los momentos glaciarios (o climáticos, es decir su repercusión climática en el área pampeana, supuesto que aquéllos hayan afectado sólo a la franja cordillerana, opinión que el autor comparte en lo fundamental).

3.2.1. De este modo, y tomando como base la presencia mencionada de formas tropicales (las de gran talla, en cambio, habrían de considerarse más bien como relictuales de la glaciación anterior), se atreve a aceptar la correlación entre las entidades biológica y litológica "Ensenadense" y el último interglacial de los esquemas clásicos (Riss-Würm en Europa). Con este criterio, y entrando más en materia, los elementos faunísticos del "Pre-ensenadense" de Ameghino (para aludir a la calota del "Diprothomo", de esa supuesta extracción) habrían sido contemporáneos de la última parte de la penúltima glaciación (Riss), y las entidades biológicas y litológicas "Lujanense" (y "Bonaerense") habrían cristalizado a lo largo del desarrollo de la última glaciación (Würm). Obviamente, habría que encajar en él también a las entidades amrinas (o estuarinas), conocidas como "Belgranense", "Bonaerense marino", y por ende a aquella supuestamente mixta, tan importante para el problema del hombre, conocida como "capas eolomarinas" (y variantes), de Ameghino.

3.2.2. Afinando la puntería, habría que recordar que en un perfil insospechable como el levantado por los hermanos Parodi (1952) en la región de Mar del Sur (Malacara), en la costa atlántica austral de la Provincia de Buenos Aires, dichas capas medanosas, o "eolo-marinas" han sido parcialmente cubiertas por sedimentos dichos "Bonaerenses" y "Lujanenses", ambos con presencia de elementos faunísticos pleistocénicos. Como es sabido, en fin, los médanos viejos en cuestión encierran un elenco riquísimo de mamíferos (fundamentalmente) de dicha extracción. El todo, desde el punto de vista anterior, podría ser definido como de clara filiación "lujanense", pero si se recuerda que las formas relictuales de este último momento faunístico pleistocénico se extinguieron hacia el octavo milenio a.C., según lo dicho, resulta obvio que hay que adicionar algunos milenios más para alcanzar la edad mínima posible de la entidad en cuestión. Ella se conocerá en definitiva en cuanto se pueda realizar un par de fechados directos con métodos radioactivos, prueba que permitirá automáticamente el esclarecimiento del problema correlacionado de las ingresiones marinas y los cambios eustáticos e isostáticos de la zona pampeana litoral.

### III. Los materiales antropológicos.

Para la interpretación biológica (racial) de los materiales mencionados *supra* me he basado fundamentalmente en la labor magistral de Bórmida (1953–54), con el control de mis propias colecciones craneológicas patagónicas, en buena medida determinadas por él mismo.

En cada caso haré, como complemento, las consideraciones geológicas (o meramente cronológicas) correspondientes.

#### 1. Calota de “*Diprothomo platensis*” Ameghino.

1.1. Procedencia: Dársena A del puerto de Buenos Aires.

1.2. Extracción geológica supuesta: “Pre-ensenadense” (Ameghino).

(*Vi de fig. 1*) Reciente (Hrdlicka y Bailey Willis).

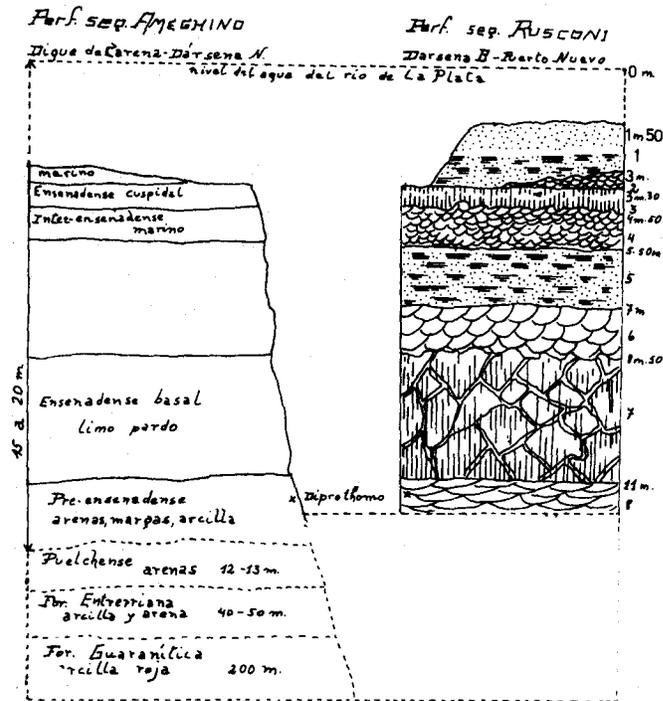


Figura 1: Perfiles esquemáticos del Dique de Carena (Dársena Norte) y la Dársena B (Puerto Nuevo), según Ameghino y Rusconi: 1— Arena fangosa, moderna. 2— Querandinaense con fósiles marinos. 3— Ensenadense cuspidal, loess pardo claro. 4— Ingresión Interensenadense, banco marino verde claro. 5— Interensenadense, arenas casi puras en lentes y estratificadas, blanquecinas, rojizas y verdosas. 6— Interensenadense, estrato loessoide verdoso. 7— Ensenadense basal, loess pardo, claro, compacto. 8— Pre-ensenadense, depósito verdoso relativamente plástico. De “Ameghino y la antigüedad del Hombre Sud-americano”, por el Dr. Alfredo Castellanos. Asociación Cultural de Conferencias de Rosario. Ciclo de Carácter General. 1936. Publicación no 2. Homenaje a Florentino Ameghino. Rosario, 1937.

1.3. Material: Calota craneana, conformada por el frontal casi completo y las porciones proximales de ambos parietales (con algo menos de la mitad de la sutura sagital). (fig. 2)

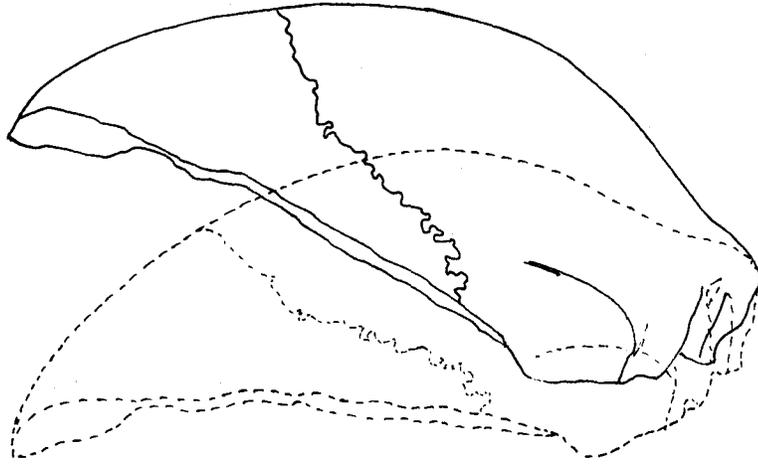


Figura 2: Perfil de la calota del "Diprothomo", orientada según Ameghino, línea quebrada, y según Schwalbe, línea llena. (Fide Castellanos, idem).

1. 3. 1. Conservación: Buena y coincide con lo descrito por Ameghino (1909). Por fuera presenta un color marrón oscuro y brillo fugitivo; carece de barniz o pátina. Por dentro, en cambio, el brillo se acentúa y se torna dominante y el color se aclara muchísimo y se hace marrón—castaño (más oscuro hacia atrás). Esta diferencia se explica porque la ausencia de pátina, o lustre, por el lado externo, se debe simplemente a su pérdida secundaria; por el interno se conserva inalterada.

Es interesante consignar que este aspecto de la pieza no es común—que yo sepa— a ninguno de los tipos de *fosilización* conocidos para el Cuaternario de la Argentina. Correlacionadamente, es difícil decir cual es su grado de mineralización; el material es sólido, aunque de peso moderado, pero en cambio su sonido carece de la nota *metálica* que poseen, por ejemplo, los fósiles de edad "Ensenadense". Esto significa, por otro lado, disentir de la aseveración de Rusconi en cuanto a su posesión de una *petrificación* igual a aquella de los huesos de *Scelidodon capellini* (1937) procedentes del supuesto "Pre—ensenadense" de la Dársena B en el Puerto de Buenos Aires, y efectivamente así es. He podido localizar dichos materiales en las colecciones del Museo Bernardino Rivadavia, y claramente el *grado* de mineralización de los huesos como el color y el brillo son netamente diferentes.

1. 3. 2. Afinidades: Voy a ahorrar en esta nota al lector la descripción minuciosa de las normas. Baste saber que su conclusión es que se trata, según toda probabilidad (o por lo menos que nada se opone a ello) de un tí-

pico "*Ellipsoides patagonicus*" de la nomenclatura de Bórmida, es decir lisa y llanamente un "patagónico" o "pámpido" (de tipo patagónico). En esencia dicha atribución radica en el hecho de que —si se parte de la base de la mayor antigüedad en América del Sur de "Láguídos", "fuéguídos" y "patagónicos" con relación a otras razas— mientras por un lado su atribución a aquellas dos entidades raciales es imposible a través de las características morfológicas observables, por el otro nada absolutamente se opone a su asimilación a la tercera en cuestión. Claro que lo dicho no invalida en última instancia la posibilidad de su atribución a un cuarto elemento racial, desconocido (posibilidad que en realidad dependería de la edad geológica).

#### 1. 4. Discusión con respecto a la edad geológica.

1. 4. 1. Ya he consignado las opiniones —encontradas— de Ameghino y Hrdlicka—Willis. Prescindiendo de la exagerada edad (terciaria) atribuída por aquél al "Preensenadense", las restantes opiniones en torno a este espinoso asunto pueden agruparse en dos sectores, igualmente enfrentados: los que, como Ameghino, aceptan que la pieza estaba *in situ*, y los que, como los otros autores, piensan que es intrusiva. No voy a entrar en detalles, pero sépase sí que en el fondo cuando se adopta esta última posición es partiendo del *a priori* de que la alta antigüedad (generalmente reconocida) de los terrenos "pre—ensenadenses" (y "ensenadenses") excluye toda posibilidad de que la pieza haya estado realmente *in situ*, es decir de un *a priori* perfectamente negativo, aunque justificable de acuerdo con el estado actual del conocimiento acerca de la antigüedad del hombre en América.

1. 4. 2. Claro que Hrdlicka—Willis, como es sabido, llevaban al extremo dicha prevención con su afán de atribuir todos los hallazgos a "indígenas modernos". Ignoraban por cierto que muchas de las razas de estos indígenas (como las aquí barajadas) tienen una alta antigüedad en este Continente y quizá una historia anterior en el Viejo Mundo. Así la explicación de Willis —no obstante, un geólogo de talento— acerca de la posibilidad de que el resto perteneciera a un infortunado aborígen caído en un pozón del río de la Plata (*cf.* Hrdlicka *et al.* 1912) debe ser calificada directamente de ridícula, en especial si se recuerda que la pieza posee un modo peculiar de fosilización y que procedería de capas situadas a más de 20 m por debajo del actual nivel del río.

1. 4. 3. Pero a la luz de esto, y retomando la idea de intrusión en un sentido más racional, puede intentarse una explicación medianamente convincente si se acepta que, durante algún momento antiguo de exposición de los terrenos (por eustasia o isostasia, lo que no hace a la cuestión),

un torrente lateral —por ejemplo— haya excavado un lecho angosto de 20 m de profundidad y en su fondo haya quedado sepultado el individuo en cuestión. Y digo lo de “lecho angosto” porque, según se sabe, ni los obreros que trabajaban en la excavación de la Dársena cuando se produjeron los hallazgos (cf. Ameghino, 1909; Hrdlicka *et al.* 1912), ni las observaciones complementarias de Rusconi en la Dársena B (1937), señalaron la presencia de otros sedimentos que los ilustrados en el perfil de Ameghino (*vide* la figura 1), por lo que es necesario excluir la idea de un relleno *moderno* de cierta magnitud. Por esto último casual es que se hace difícil la aceptación del proceso, y por cierto que si hubiese sido correcta la afirmación de Rusconi en el sentido de que los restos *Scelidodon capellini* del “Pre—ensenadense” de la Dársena B compartían el tipo de petrificación de la calota, no habría sido el autor de estas líneas quien aceptara la posibilidad de una intrusión a través de un proceso teórico tan complejo.

Pero habiéndolo aceptado en principio, resta sólo aceptar la posición más conservadora posible para poner un límite mínimo a la edad posible de dicho resto. Y bien, según la evidencia que poseo en estos momentos (inérita) 1, el último momento posible de exposición de una pila sedimentaria litoral de alrededor de 20 m se produjo durante el comienzo de la ingresión denominada localmente “Querandinense” (o de una de sus oscilaciones), exactamente 6.600 años a. C. Y a ellos habrá que agregar el lapso necesario como para que dicho cañadón hipotético haya podido colmatarse con sedimentos continentales (condición necesario para que la diferencia no haya sido advertida) *antes* del ascenso del espejo marino. Y de este modo, aun con el empleo de una medida que se pasa del grado de recaudo científico normal, y ciertos malabarismos de por medio, estamos de cualquier modo en algo así como el octavo milenio a. C. —como mínimo—, lo que significa aceptar que el hombre, de cualquier modo, era contemporáneo con la “fauna pampeana”.

1. 4. 4. Una variante de esta última interpretación especulativa sería la de imaginar un proceso semejante de erosión y relleno en época más antigua, en diversos momentos posibles hasta arribar al “Pre—ensenadense”, o caso extremo en que los restos estarían *in situ*. No habiendo elementos de juicio como para detenerse en estas variantes intermedias, corresponde pasar, pues, a la tesis original de Ameghino.

1. 4. 5. Hemos visto cómo, de acuerdo con una reinterpretación conservadora *ex profeso* de la columna geológica pleistocena en el área litoral, sería aceptable el equiparar a la entidad litológica “Ensenadense”, o al “momento faunístico” homónimo —lo que para el caso es lo mismo— con

---

1. Información de la compañía holandesa GRONTMIJ Ltd. Amplíe referencias en mi trabajo final sobre el tema.

el desarrollo del interglacial Riss—Würm. De esta manera, el “Pre—ensena—dense” podría ser correlacionadamente ubicado en el comienzo de dicho interglacial o hacia el final de la glaciación anterior (Riss). Parece mucho decir.

Pero no olvidemos que el momento actual de la investigación es poco propicio para el mantenimiento de reservas mentales de tipo dogmático. Con el retroceso temporal aceptado para el origen de las culturas cerámicas en los últimos tiempos (hallazgos del Ecuador, por ejemplo), el correlacionado envejecimiento de las prácticas deformatorias craneanas (*cf.* Cardich, 1964), etcétera, marcha paralela la creciente disposición de los paleoetnólogos para aceptar fechas cada vez más altas con respecto a determinadas industrias arcaicas recogidas en terrazas (*cf.* Bórmida en este mismo Congreso) y, en fin, para llegar a aceptar el arribo del hombre a América por lo menos durante el último interglacial. Algunas eminencias ya lo han aceptado (*cf.* Menghin, 1957), y es necesario decir que las últimas fechas de carbono radioactivo para sitios humanos en América del Norte (y aun América del Sur) no desmienten por cierto esta tentadora posibilidad (más de 35.000 años a. C. en Texas, *fide* Cruxent, 1964, 275).

Restaría, de cualquier modo, el hecho de que el hallazgo objeto de la presente nota es sudamericano —lo que supondría una todavía mayor antigüedad para el arribo del hombre a América del Norte, según las ideas universalmente vigentes—, pero aparte de ello se plantearía la dificultad, a la luz de la extracción racial (“patagónica”) aceptada para el resto, de la enorme antigüedad que habría que conceder a la diferenciación de este tipo humano (en Asia o donde fuere) para que pudiese haber alcanzado a nuestro continente en época tan temprana. Aparte de nuestro actual desconocimiento en cuanto al vero origen de esta raza (y otras de las denominadas arcaicas), sólo puedo agregar que igualmente en Asia se envejecen progresivamente los hallazgos de formas humanas atribuibles a las cepas ancestrales de los indígenas americanos. Aparte de los restos de mongoloides, melanesios y esquimoides de la caverna superior de Chucutien (Weidenreich, 1947), quiero referirme a los nuevos descubrimientos pleistocenos chinos comunicados por Woo (1958; *Fide* Stewart, 1960), y que según aquel autor “representa una forma primitiva de mongoloide en vía de evolución, y es el más antiguo fósil representativo de la humanidad moderna hasta hoy encontrado en China”. Es decir que nada se opone a que haya habido mongoloides más antiguos, quizá mucho más antiguos (y por ende generalizados), y yo diría que precisamente los “patagónidos” son individuos mongoloides de tipo generalizado.

1. 4. 6. Pero si de todos modos la edad postulada sigue pareciendo demasiado alta, sólo me queda someter a ustedes el problema a una prueba directa posible de otro orden, físico—químico ahora. Concretamente, quien tenga posibilidad de hacer realizar una prueba de fluorina, un par de

muestras de hueso: la una procedente de la calota y la otra de restos de *Scelidodon capellini*, espécimen supuestamente contemporáneo.

2. Cráneo del “hombre de Necochea” no 2 (Ameghino). Nº 5008, MCN.

2. 1. Procedencia: Costa atlántica de Necochea, sur de la Provincia de Buenos Aires.

2. 2. Extracción geológica supuesta: “Capas eolomarinas” (Ameghino) Reciente (Hrdlicka y Willis).

2. 3. Material: Cara prácticamente completa y porción anterior y lateral derecha del cráneo. (Fig. 3).

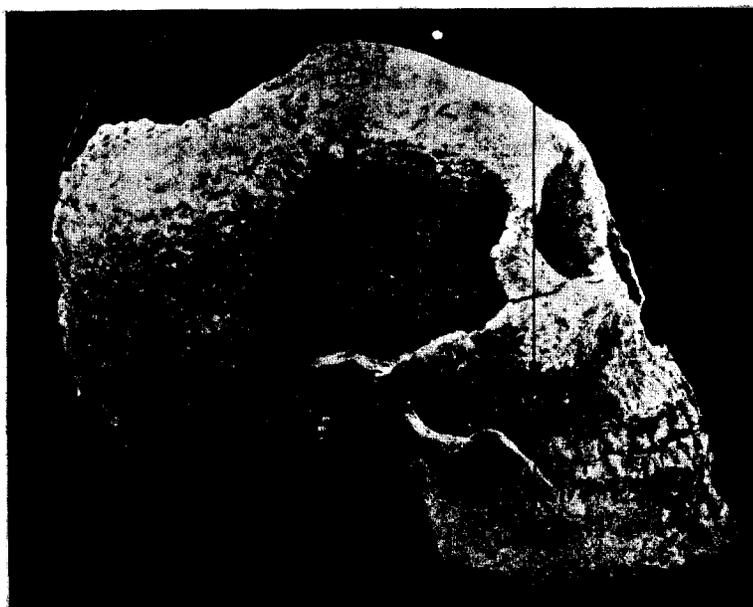


Figura 3: Cráneo del “Hombre de Necochea” no 2. ( Fide Ameghino.

2. 3. 1. Conservación: La pieza ha sido groseramente tratada por dentro y por fuera con pegamentos varios, con lo cual aspectos importantes de la anatomía se hacen invisibles. No obstante, pueden apreciarse bien el tipo de fosilización y el color, *ambos exclusivos y característicos de los restos fósiles procedentes de las “capas eolomarinas”*. El especialista Rosendo Pascual, Jefe de la División Paleontología Vertebrados de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, a quien mostré especialmente el material, puede del mismo modo dar fe de esta aseveración, de fundamental importancia. Y son casualmente las corrosiones e incrustacio-

2. Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino de Rivadavia de Buenos Aires.

nes típicas de este modo de fosilización las que confieren al resto, a primera vista, un aspecto de singular arcaicidad (reforzado por los caracteres de primitividad, en parte exagerados por deformación y rotura, propios de la raza), no confirmado por cierto por otros rasgos, entre los cuales el peso más bien escaso y el *sonido óseo* al ser golpeado; datos que hablan en contra de una antigüedad demasiado alta.

2. 3. 2. Afinidades: Estamos nuevamente en presencia de un típico representante del modelo "Ellipsoides patagonicus" (Bórmida), es decir de un patagónido de tipo *tehuelche*. La determinación en este caso es muy clara y sólo podrían interferir para llegar a ella inmediatamente algunas alteraciones, como el rebajamiento por rotura de los bordes de las órbitas, por erosión de la región glabellar, la comprensión interna de las órbitas, etc, rasgos aberrantes que se identifican sin dificultad.

2. 3. 3. Observaciones complementarias: Me referiré en este punto sólo a la posibilidad de una deformación (intencional) del frontal, señalada por casi todos los autores (excluido Ameghino). Entiendo que se trata de mero aplastamiento —tan fuerte como para haber fracturado al frontal en por lo menos ocho fragmentos— *post mortem*, y que por lo tanto no existe dicha deformación intencional, que por sí sola pondría un límite (si bien bastante más lejano que el aceptado hasta hace algunos años) a la antigüedad geológica del resto. Pasemos a ella.

#### 2. 4. Discusión con respecto a la edad geológica.

2. 4. 1. He visitado en la excelente e informada compañía del señor Lorenzo Parodi, quien conociera apenas de segunda mano el sitio del hallazgo original, las adyacencias del lugar en que los materiales fueran ubicados, y si bien no es posible apreciar hoy ya las condiciones del yacimiento, de acuerdo con la información del propio Parodi no me cabe duda de que Ameghino había dado en el blanco al señalar que los materiales provenían de las "capas eolomarinas". Por otro lado, según he dicho, esta procedencia quedaría corroborada por el tipo de fosilización, típico de los restos fósiles de esa extracción.

Con respecto a la edad geológica de la entidad en cuestión (médanos de playa del mar "Belgranense" *auctorum*) remito al lector al capítulo geológico de esta nota. *Grosso modo* puede hablarse de un Pleistoceno Superior, sin mayores compromisos.

3. Cráneo del "Homo sinementó" nº 1 (Ameghino). Nº 5141, MCN.

3. 1. Procedencia: Costa atlántica entre los arroyos del Moro y de la Mala Cara, sur de la Provincia de Buenos Aires.

3. 2. Extracción geológica supuesta: "Pampeano inferior"; "Ensenadense y aun Belgranense" (Ameghino). Reciente (Hrdlicka-Willis).

3. 3. Material: "Neurocráneo con porción del maxilar izquierdo". Falta 3/4 partes de la cara, y la mandíbula. (Fig. 4).



Figura 4: Cráneo del "Homo sinemento" nº 1. *Fide* Ameghino.

3. 3. 1. Conservación: Muy buena. Hay varias líneas de rotura, al parecer recientes. Hay varias reparaciones con mástique por dentro y por fuera. En ambas superficies conserva igualmente adherencias de ganga, una arenisca grisácea de grano muy fino. Removiendo ésta aparece el verdadero color de la pieza (externamente), con aspecto de "marfil sintético". Pero en cambio por la cara interna se muestra blanquecina. . . y nuevamente inseparable de la coloración propia de los fósiles de las "capas eolomarinas". Esta última impresión aparece corroborada por la presencia de numerosas corrosiones vermiculares en la superficie externa. En fin, el

material está avanzadamente mineralizado y la pieza es muy pesada.

3. 3. 2. Afinidades: Estamos en presencia de un "*Ooides fueguinus*" puro de la nomenclatura de Bórmida, es decir de un "fuéguido" austral típico. Es inseparable de los tipos utilizados para comparación entre los de mi propia colección procedentes de la desembocadura del Río Negro, etcétera. No hay deformación intencional.

3. 4. Discusión con respecto a la edad geológica.

3. 4. 1. He visitado igualmente la zona con el señor Parodi, aunque ignorábamos el sitio exacto de los hallazgos. Ya he aludido al perfil elaborado precisamente por los hermanos Parodi (1952) y a la presencia en él de las "capas eolomarinas", cubiertas por sedimentos "bonaerenses" y "lujanenses". En principio por lo tanto, y a la luz de lo dicho con respecto al tipo de fosilización del material, no veo ningún inconveniente en aceptar dicha extracción geológica también para los restos del llamado "*Homo sinemento*" (Ameghino).

4. Cráneo del "*Homo caputinclinatus*" (Ameghino).

4. 1. Procedencia: Márgenes del arroyo Siasgo. Sur de la Provincia de Buenos Aires.

4. 2. Extracción geológica supuesta: "Bonaerense superior" (Ameghino). Reciente (Hrdlicka-Willis).

4. 3. Material: Calvaria. Falta toda la región basal y la cara. (Fig. 5).

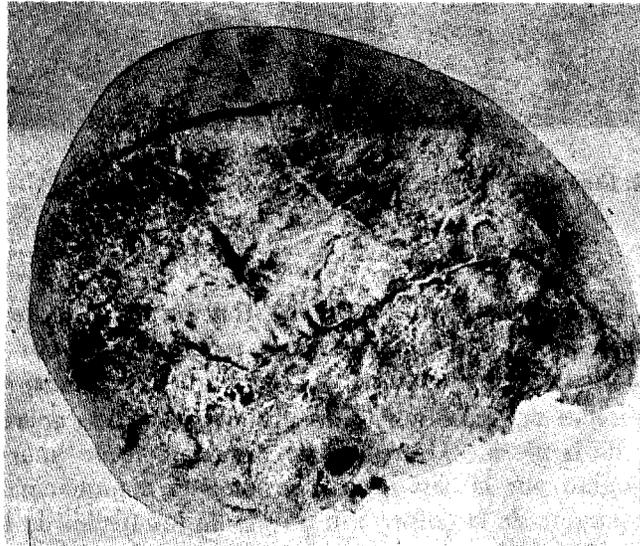


Figura 5: Cráneo del "*Homo caputinclinatus*". Fide Ameghino.

4. 3. 1. Conservación: Una gruesa capa de mástique por dentro deja sólo pequeñas porciones accesibles a la observación. Ellas muestran una coloración castaña, más blanquecina o más rosada. Por fuera no hay pegamentos pero sí es apreciable la acción de una sustancia destinada a la preservación, que le da una coloración algo más amarillenta. Ella se suma al *barniz natural* de esta superficie para conferir al hueso un aspecto de marfil sintético. Su grado de mineralización no parece muy alto, y la pieza recuerda a simple vista a otras procedentes de valle inferior del Río Negro, seguramente modernas. No obstante, su sonido es más metálico que el de tales materiales. Los huesos son delicados, pero se trata de un juvenil.

El cráneo está muy afectado por presiones del terreno y sólo en el frontal se cuentan siete fragmentos. Ello no dificulta la observación de la presencia de otra categoría de deformación, intencional ahora, y que responde al modelo denominado "pseudocircular" (hecho ya señalado por Bórmida). La región más afectada es la ántero-lateral de los parietales, pero en cambio la frontal posterior es casi normal.

4. 3. 2. Afinidades: Con el presente material se completa la trilogía de razas dichas arcaicas presentes en esta porción austral de América del Sur en época relativamente alta, pues sin lugar a duda se trata de un cráneo de modelo "*Hipsistegoides lagoides*" (Bórmida).

4. 3. 3. Observaciones complementarias: Como he dicho, la pieza está afectada por deformación intencional de modelo "pseudocircular" (cf Bórmida, 1953-54), *casualmente la más antigua de las postuladas para el panorama craneológico de la Provincia de Buenos Aires.*

#### 4. 4. Discusión con respecto a la edad geológica:

4. 4. 1. Es más que difícil abrir juicio en esta cuestión. Todo lo que puedo decir es que la pieza en estudio presenta un aspecto de menos antigüedad con respecto a las otras consideradas. No obstante, ni esta apreciación subjetiva, ni la presencia de una deformación cefálica intencional —existente ya en el milenio 8 a. C. en el Perú (cf. Cardich, 1964)— son suficientes para desequilibrar la balanza en favor de la interpretación de una edad exageradamente moderna del binomio Hrdlicka-Willis. Por el contrario, yo me inclinaría a pensar —a título de mero ensayo por ahora— en una extracción "lujanense" del resto, o por lo menos en una edad no menor que el temprano postglacial. No olvidemos que en el sur del Brasil la presencia de los "láquidos" se remonta a por lo menos el 8º milenio a. C.

#### IV. Discusión general.

1. Según lo visto, las tres razas consideradas clásicamente como anti-

guas en América (o por lo menos América del Sur), esto es “láguidos”, “patagónidos” y “fuéguidos” 1, estaban presentes en su extremo austral en época tan temprana como para haber sido contemporáneos con el momento final (por lo menos) de la “fauna pampeana” (es decir el elenco faunístico propio del Pleistoceno sudamericano). Este solo hecho habría justificado plenamente la revisión del problema conocido como del “hombre fósil” en la Argentina. Sin embargo, inexplicablemente, esto no se hizo nunca por parte de los antropólogos y así se llegó a excluir el tema de prácticamente todos los tratados clásicos y aun de reuniones sudamericanas, de la jerarquía de los segundos “Encontros intelectuais de Sao Paulo” por ejemplo.

Pero no es solamente la *demonstración* de una alta antigüedad del hombre la que cuenta —ya que ella iba siendo aceptada paulatinamente por todos los investigadores del país a partir de la obra pionera de Menghin—, sino su significación desde otros enfoques.

2. Quiero referirme por lo pronto a la distribución de estos ingredientes raciales en el mapa de la Argentina. Si se acepta la edad inferida por Groeber (1946) para el esqueleto de Quemquemtrey o Mata Molle, en Neuquén, 2 probablemente un “patagónido” (*vide* Bórmida, 1953–54), es evidente que este elemento racial tuvo una amplia difusión en su ámbito; en cambio hasta aquí sólo datos muy indirectos hablan de una dispersión semejante de los “láguidos” y “fuéguidos”, 3 aunque por cierto no hay que olvidar las pruebas de una difusión *andina* por lo menos de aquéllos (*cf.* Cardich, 1964) —quiero decir en época bastante antigua, desde luego. Lo cierto es que en el área del territorio nacional los hallazgos antiguos ciertos de “fuéguidos” y “láguidos” hablan de una dispersión costera (a sub-costera) de ambas razas.

3. Y de ahí un par de problemas muy interesantes planteados, en el marco de lo paleoetnológico ahora, referido a la región de los hallazgos. Uno, el de la falta de coincidencia lateral entre la edad calculable para los testigos físicos y culturales, desde el momento en que aquéllos serían suprapleistocénos (por lo menos) y éstos con mucho de un postglacial temprano (*cf.* Menghin y Bórmida, 1950).

4. El otro, obviamente el de la corrección en cuanto a la atribución de

---

1. Puedo aprovechar la ocasión para lamentarme, siguiendo a otros, del peligroso olvido de las reglas de nomenclatura biológica que significa el aplicar las terminaciones en “idae” (castellanizado “ido”), propias de la entidad de jerarquía familiar, al nivel meramente subespecífico (raza).

2. Con toda probabilidad y prescindiendo de sus argumentos climáticos y geológicos, que habrán de ser actualizados, dicho autor ha de haber pecado más bien en menos que por exageración en cuanto a la edad del hallazgo.

3. Sin entrar, por ejemplo, en el problema de la verdadera significación de los “huárpidos”, etc.

dichos hallazgos culturales ("Tandiliense" y derivados) a grupos "fuegoi-des", a través de su filiación "epiprotolítica". Evidentemente, si también hubo "patagónidos" y "láguidos" en el área y las industrias recogidas son todas de parecida fisonomía, se presentan dos tajantes alternativas: bien, los tres elementos humanos beneficiaban industrias semejantes, lo que les supone culturas (de recolectores y cazadores inferiores) fundamentalmente semejantes; bien, no se han encontrado hasta la fecha las industrias correspondientes a las otras culturas (o se las ha interpretado mal, lo que es perfectamente posible). Cualquiera sea la respuesta, o las respuestas, a estas alternativas, el problema planteado es apasionante, incluso desde un punto de vista estrictamente teórico, según lo consignado en el paréntesis.

5. Y en fin, todo lo dicho es inseparable del problema menor, pero muy interesante de por sí, de la dispersión y migraciones de las poblaciones de extracción "patagónida" y de su presunta asociación (en época más moderna, por lo menos), con culturas de corte netamente miolítico (o de cazadores superiores). La investigación etnohistórica (cf. Casamiquela, 1965, MS.; Priegue, 1966) acaba de demostrar la presencia de cazadores *tehuelches* (= patagones) en el área pampeana en fechas tan tempranas como la segunda mitad del siglo XVII. Por otro lado, la investigación paleoetnológica ha revelado en la vecina república del Uruguay, desde hace muchos años, la presencia de industrias de clara filiación "patagónica" (o sea del tipo de la cultura moderna de los Tehuelches de la Patagonia). ¿Cuándo y cómo se conectan estos eslabones sueltos y cuál es el aporte de los restos fósiles (antiguos) de esta raza en el área pampeana? ¿Está probado que se haya interrumpido la continuidad del poblamiento del área pampeana por grupos de tal extracción racial y cultural? Sin duda el futuro permitirá responder a estos interrogantes, pero a los fines de la presente nota lo verdaderamente importante es dejarlos planteados con claridad.

6. Para terminar con el capítulo, y con el trabajo, dos palabras ahora con respecto a los supuestamente garrafales errores de Florentino Ameghino. No es oportuno mencionar aquí la labor puramente paleontológica del sabio (y de su hermano Carlos, cuyo nombre no puede serle desglosado). A los interesados en la lectura de un juicio insospechable, por provenir de un investigador extranjero y con títulos más que suficientes para el total crédito moral y científico, los remito directamente a las líneas de admirativo elogio estampadas por el celeberrimo paleontólogo norteamericano G. G. Simpson en su puesta al día del conocimiento de los mamíferos fósiles del Terciario Inferior de América del Sur publicada en 1948. Pero voy a decir algo, muy breve por otro lado, con respecto a su despreciada labor como paleoantropólogo, según lo prometido *supra*.

Para hacerlo, comienzo por invitar al lector a valorar un fósil cualquie-

ra, una calota humana para el caso, de supuesta edad pliocena. ¿Qué habría hecho? Una de estas dos cosas: bien, dudar de su edad, bien, cargar el platillo de la balanza en los caracteres primitivos presentes (por otra parte comunes a muchas razas actuales). Ameghino —producto de la época, no olvidemos—. parte de creer a pies juntillas en la alta antigüedad de los hallazgos —en general 4— y por lo tanto de no estar en la situación mental de dar paso a una duda racional, partía de la premisa de la presencia de verdaderos antepasados de los homínidos modernos en el Terciario Inferior de la Patagonia y, en fin, de verdaderos representantes de este grupo en distintos niveles de la “Formación Pampeana” (para él más antigua, según lo dicho en la nota 4). Claro que *no debió* haberse equivocado al respecto, ya que su supuesta cepa primate resultó ser parcialmente mal interpretada en cuanto a su atribución dentro de él. Pero es que aquello sólo ahora, y con nuevos materiales y técnicas, comienzan a establecerlo los especialistas (desprejuiciados), y en cuanto a esto —me refiero a la atribución moderna de alguno de sus ancestros a la cepa clásica de los platirrininos o “Monos del Nuevo Mundo”—, no olvidemos que todavía es un casi—misterio la forma en que dicho grupo de formas alcanzó América del Sur en el Terciario Inferior, junto con los roedores (*cf.* Kraglievich, 1951).

Y trepando en el tiempo, ¿que es un grave error anatómico, es decir por lo tanto error de oficio, el haber atribuido un fémur no humano a un humanoide? No ha de serlo tanto cuando tuve que decidirme por escribir “no humano” por no saberse exactamente al presente —al informado presente— con certeza a qué entidad perteneció...! Y lo mismo con respecto a la célebre calota del “*Diprothomo platensis*”, ejemplo indirecto de las líneas anteriores (y otros hallazgos de esta suerte). ¡Grave error el crear un género nuevo con un elemento que se considera plioceno! ... siempre que se pierda de vista que *Pithecanthropus* y *Sinanthropus*, géneros separados al comienzo, no sólo son atribuidos (casi unánimemente) hoy a un mismo y único género, sino que éste resulta en definitiva no ser otra cosa que *Homo*. . . Es que todos los patrones han cambiado, radicalmente, y lamento no disponer de espacio para ilustrarlo con notables ejemplos paleontológicos puros. Para qué detenerse, a esta altura, en otros casos menores, como el de la creación de especies nuevas con otros restos, menos diferenciables anatómicamente; ¿es que olvida acaso el lector que “raza” es sinónimo de subespecie y que el peligroso concepto de “gran raza” (cuando igual a “*Rassenkreis*”) es perfectamente equiparable al de “especie política”? Cuidado, pues, con las exageraciones, que si Ameghino las tuvo de todas clases, en nuestro favor no han de deponer los factores temporales y

---

4. El error cronológico (absoluto) de Ameghino se extiende a toda la columna cenozoica y aun mesozoica, y va fundamentarse en parte en la presunta asociación de dinosaurios y mamíferos, según los hallazgos patagónicos de Carlos Ameghino (hoy desmentidos).

de información y conceptualización que atenúan las suyas, y más aún, por el contrario, pueden llegar a transformarlas en aciertos plenos. Porque, por ejemplo, ¿quién estuvo más acertado al definir al “hombre de Necochea” o al “Homo sinementi”: Ameghino, que pensó en formas muy primitivas, o Hrdlicka, que pensó en “indios actuales” con total olvido de la arcaicidad morfológica y la correlada antigüedad geológica que algunas de las razas aborígenes seguramente poseen en América y, más aún, en su presunta cepa extra-americana.

V. *Obras citadas.*

- Ameghino, F. 1909. *Le Diprothomo platensis. Un précurseur de l'homme du pliocène inférieur de Buenos Aires.* An. Mus. Nac. Hist. Nat. de Buenos Aires (3, XII), XIX.
- Bosch-Gimpera, P. 1964. *La prehistoria y los orígenes del hombre americano. "Origens do hommen americano", II Encuentros Intelectuais de Sao Paulo sob o patrocínio da UNESCO.* San Pablo.
- Cardich, A. 1964. *Lauricocha. Fundamentos para una prehistoria de los Andes Centrales.* Studia Praehistorica III. Centro Arg. Est. Prehistóricos. Bs. Aires.
- Casamiquela, R. M. 1965. *Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente.* Cuadernos del Sur. Instituto de Humanidades Univ. Nac. del Sur. Bahía Blanca.  
MS (1967) *Algunos datos nuevos con relación al "panorama etnológico de la Patagonia".* (Etnía, Rev. mus. Etnogr. Municipal Dámaso Arce, 5. Olavarría).
- Cruxent, J. M. 1964. *Noticia sobre tres estaciones arqueológicas con artefactos líticos de tipo paleo-indio en Venezuela. "Origens do hommen americano". II Encuentros Intelectuais de Sao Paulo sob o patrocínio da UNESCO.* San Pablo.
- González Bonorino, F. 1965. *Mineralogía de las fracciones arcilla y limo del Pampeano en el área de la Ciudad de Buenos Aires y su significado estratigráfico y sedimentológico.* Rev. Asoc. Geol. Arg. XX, 1,
- Groeber, P. 1946. *Geología del arroyo Mata-Molle (Gobernación del Neuquén).* Notas. Mus. La Plata, XI, Geol. 44. La Plata.
- Hrdlicka, A. *et al.* 191. *Early man in South America.* Smithsonian Inst., Bureau Amer. Ethnol. Bull. 52. Washington.

- Kraglievich, J. L. 1951. Contribución al conocimiento de los Primates fósiles de la Patagonia. L. Diagnósis previa de un nuevo primate fósil del Oligoceno Superior (Colhuehuapiano) de Gaiman, Chubut. Com. Inst. Nac. Invest. Cien. Nat. (Mus. Arg. Ciencias Naturales B. Rivadavia), Cien. Zool., II, 5.
- Bs. Aires, 1952. El perfil geológico de Chapadmalal y Miramar, Provincia de Buenos Aires. Rev. Mus. Munic. Cien. Nat. Trad. Mar del Plata, I, I.
- Menghin, O. A. 1957. Das Protolithikum in Amerika. Acta Praehistorica I. Centro Arg. Est. Prehist. Bs. Aires.
- Menghin, O. A. y Bórmida, M. 1950. Investigaciones prehistóricas en cuevas de Tandilia (Prov. de Buenos Aires). Runa, Arch. Cien. Hombre, II, 1-2. Bs. Aires.
- Parodi, L. J. y Parodi Bustos, R. 1952. Apuntes para la geología de la costa atlántica de la Provincia de Buenos Aires, con descripción de la Formación de Malacara. Anal. Soc. Cient. Arg., CLIII, entr. IV. Bs. Aires.
- Pascual *et al* MS (1966). Paleontografía Bonaerense. IV. Vertebrata. Com. Invest. Cient. Prov. Bs. Aires.
- Priegue, C. N. 1966. Extensión hacia el norte de los Guennaken. Etnía. 3. Museo Etnogr. Munic. "Dámaso Arce". Olavarría. (Bs. Aires).
- Rusconi, C. 1937. Contribución al conocimiento de la geología de la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores y referencia de su fauna. Actas Acad. Nac. Cien. Córdoba, X, entr. 3º y 4º. Bs. Aires.
- Simpson, G. G. 1948. The beginning of the age of mammals in South America. Part I. Bull. Amer. Mus. Nat. Hist., 91, 1.

Nueva York.

Stewart, Th. D. 1960. A physical antropologistas view of the peopling of the New World. *Southwestern Jour. Anthrop.*, 16 (3). Albuquerque.

Teruggi, M. E. 1963. (Conferencia) Los sedimentos pampeanos y los problemas de su estratigrafía. *Bol. Soc. Argen. Antrop.*, 10.

Weidenreich, F. 1947. *Simios, gigantes y hombres*. Bs. Aires.